

CASTILLA-TÍPICA

En El Escorial.

Aunque no sea absolutamente exacto, no se me ocurre ahora mejor ejemplo para expresar la sensación que me produce El Escorial, que este:

Algunas veces, teniendo unas pesetas, he ido a buscar a un amigo para gastármelas con él en una excursión o en un almuerzo; con mi amigo estaba un individuo cualquiera, desconocido y antipático, que me ha sospechado mis propósitos y se nos ha pegado como una lapa. Inútilmente nos lo hemos querido quitar de encima y le he dicho casi:

—Pero, señor: ¿Usted por qué viene, si yo no le conozco, ni nada tenemos que ver y me molesta?

Ha hecho oídos de mercader, y quieras que no le hemos tenido que convidar al gran gorrón, que nos desagradaba, que coartaba nuestras confianzas e interrumpía con burdos despropósitos nuestras charlas.

Así, junto a nuestro amigo el Monasterio, encontramos una turba de «cicerones», de tenderos, de cafeteros, de fondistas, de cocheros, de vendedores de imágenes y postales.... y toda esa gente nos rodea, nos acosa, nos persigue, interrumpe nuestra contemplación, hasta que consigue arrancarnos un poco de dinero, y entonces, ¡peor!; agradecida nos envuelve en melodías y nos sigue acompañando, relatándonos tontas anécdotas y pormenores artísticos de la Guía.

—Es un hermoso edificio, señor....

—Tiene mil cuatrocientas once ventanas, señor....

—En esta galería solía pasear Fray Diego de Monteleón.

No es posible «hablar» con el Monasterio, rodeado por esa gente; volveré por el invierno, a ver si el frío la ha echado de aquí. Hoy me voy. Adiós, cocheros, fondistas, tenderos, «cicerones».... Adiós, gordo señor de la sombrilla, no curioses más: ¿A usted qué le importa quien sea yo?... Adiós, camarero.... Adiós, respetuosamente, buena sociedad que continuas entre estas peñas la mascarada del invierno.

Hablemos de Felipe II, ya que no podemos hablar de su obra:

En ningún sitio está tan presente el hijo del Emperador como en el Monasterio; ningún hecho tan empapado de su espíritu, tan él, como ese monumento, en el que la energía y la grandeza, sin realidad ideal, se obtienen a fuerza de piedras, y piedras, y más piedras; gigantesco mamotreto, de una majestad teatral.

Felipe II era así también. Preocupado siempre de la «ornamentación», pomposo y enfático (al revés que su padre, que iba «a lo suyo», sin cuidarse de gestos), con fachada de hombre fuerte, y en el fondo nada más que un fantoche engañado.

¿Cómo pensador de tan profunda sagacidad como Angel Canivet ha podido creerle genuino tipo de nuestra raza?

Sí; satisface la idea convencional del «hidalgo». Es religioso, es frío y solemne, es altivo. En un drama de Sardou podría pasar admirablemente por la personificación de Castilla; pero, debajo de esas exterioridades nada hay ni de un español, ni de ningún otro ser humano: ideas y sentimientos deformes, una

espiritualidad tan monstruosa como sería la de un hombre que se pasara toda su vida colocado ante una máquina fotográfica, con un manto de púrpura y una corona, buscando actitudes de majestad. Está en medio de su corte cuando le comunican el desastre de la Armada Invencible. Es la pérdida de su más gran ilusión y la caída, a merced de Inglaterra, lo sabe pero no se desespera ni se lamenta.

—Cúmplase la voluntad de Dios—dice por todo comentario—; y continúa imperturbable, tieso, solemne, como debé estar un Rey decorativo.

No es cruel; no digo que sea suave y dulce como un bizcocho de «chantilly»; pero es menos duro que casi todos sus contemporáneos.

Alemania sangra aún de las tropelías del «bolcheviki» Munzer y sus dignos opresores; en Francia se promulgan los edictos de Chateaubriant y de Écouen, se hace la «Saint-Barthélemy», se asesina a Guisa por orden del Rey; en Inglaterra aún no han despertado de la pesadilla de Enrique VIII y está ya en el trono la «Reina Virgen», infamando y dando muerte a María Estuardo, organizando el exterminio de los católicos.

Felipe II no llega a tales extremos de ferocidad nunca; sin embargo, le llaman el «Demonio del Mediodía», y ha pasado a la posteridad con un baldón de sanguinario que no tiene ningún otro Rey de aquella época.

Esto no es porque los historiadores franceses e ingleses se hayan empeñado en calumniarle, y porque el ciudadano Acisclo Conzález, consecuente federal del Comité del distrito de la Latina, quiera decir que fué un infame tirano que oprimió al pueblo, sino porque la severidad de Felipe II es aparatosa como ninguna.

Isabel de Inglaterra y los últimos Valois disponen sus fechorías sin ruido y sin voces, a escondidas. Así mueren la Reina de Escocia y el Duque de Guisa, así se perpetra la matanza de la noche de San Bartolomé.

El Rey Felipe, en cambio, hace un espectáculo de cada ejecución y se sienta frente al cadalso, hinchado, fiero, como diciendo a la gente:

—¡Menudo carácter tengo yo!

Don Carlos de Seso, un caballero casado con una descendiente de Don Pedro el Cruel, va a ser quemado, por hereje, en Valladolid; ante la pira se vuelve a Felipe II, que asiste al auto de fe, y le pregunta:

—¿Así me dejais quemar?

—Traería leña—responde el Rey—para quemar a mi propio hijo, si fuese tan malo como vos.

Y satisfecho de haber mostrado tan expresivamente su entereza, contempla, muy erguido, la ejecución, aunque después, cuando ya no tiene que aparecer majestuoso porque nadie le ve más que unos cuantos criados, el horror de lo que ha presenciado le haga accidentarse y temblar.

No; no creo que ese pobre fantasmón merezca ni odios ni admiraciones. Personificando en él las virtudes y los vicios de la gran España del siglo XVI se obra con tanta equivocación como si se confundiera con la fuerte torre que lo sostiene al monigote veletero que está en lo alto.

VICENTE SÁNCHEZ DE OCAÑA